

MEDIOS DE COMUNICACIÓN, ANTIPOLÍTICA Y DESMONTAJE DE LA DEMOCRACIA EN VENEZUELA

Mass media, antipolitics and dismantling of democracy in Venezuela

Recibido: 11. 05. 2017
Aprobado: 18. 01. 2018

Luis Alberto Buttó

Doctor en Historia, Profesor-Investigador (categoría Titular). Jefe del Departamento de Ciencias Sociales y Director del Centro Latinoamericano de Estudios de la Seguridad (Universidad Simón Bolívar). Correo electrónico: lmontes@usb.ve, twitter: @luisbutto3

Resumen: en este ensayo se estudia la crítica que desde los medios de comunicación de masas se llevó a cabo en Venezuela en contra del ejercicio de la política durante las dos últimas décadas del siglo XX como una de las variables que propició el clima de opinión pública necesario para que la población disminuyera su apoyo a la democracia liberal representativa instaurada en 1959, proceso que, al final, condujo al desmantelamiento del sistema democrático en el país.

Palabras clave: Venezuela, Democracia, Medios de Comunicación, Antipolítica.

Abstract: in this paper we study the criticism that from the mass media was carried out in Venezuela against the exercise of politics during the last two decades of the 20th century as one of the variables that propitiated the climate of public opinion necessary for that the population diminished its support for the representative liberal democracy established in 1959, a process that led to the dismantling of the democratic system in the country.

Keywords: Venezuela, Democracy, Mass Media, Antipolitics.

*Persigamos a los enturbiadores del cielo
a los que pintan de negro el mundo y atraen las nubes...*

Friedrich Nietzsche. *Al mistral. Una canción de baile.*

Introito

De acuerdo a lo estipulado en el llamado II Marco de Cooperación Regional para el período 2001-2005, la Junta Ejecutiva del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) acordó la realización de ...«un informe sobre el estado de la democracia en América Latina [que] será resultado de actividades conjuntas de académicos y agentes políticos y sociales de la región»...¹ El trabajo en cuestión tenía como objetivo central elaborar ...«un análisis comprehensivo del estado de la democracia en América Latina. Pero, además, busca ir más allá de sólo diagnosticar los problemas existentes y, propone nuevos enfoques para abordar los desafíos que actualmente ponen en riesgo muchos de los avances logrados en los últimos veinticinco años»...² Es decir, los directivos del PNUD reconocieron en esa oportunidad dos realidades contrapuestas entre sí que definían el estado del arte del proceso de democratización del subcontinente para la fecha en que se acordó llevar adelante el proyecto citado. En primer lugar, dieron como cierto que en la dos últimas décadas del siglo XX, y durante el lustro transcurrido de la centuria siguiente, la democracia latinoamericana, vista en perspectiva global, había conquistado espacios crecientes. Ello era absolutamente comprensible al tomar en cuenta que, más allá de las particularidades propias de cada país, en varias de estas naciones, la transición de regímenes autoritarios (fundamentalmente dictaduras militares) a gobiernos democráticos se había concretado con bastante éxito. En segunda instancia, advertían que tales logros, independientemente de sus alcances intrínsecos, corrían el riesgo de ser dramáticamente revertidos en caso de que no se enfrentaran, a tiempo y con resolución,

1 Dante Caputo (Director del Proyecto). *La Democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. Buenos Aires: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2004. p. 17.

2 *Ibíd.* p. 13.

las diversas amenazas que acechaban la consolidación de esta ola democratizadora (dicho así con base en la terminología propuesta por Samuel P. Huntington³) y hasta su propia materialización, allí donde no hubiese sido posible desarrollarla.

Lo paradójico del asunto fue que entre las consideraciones vertidas en el documento traído a colación, actores fundamentales del orden social, que por definición deberían ser aliados incondicionales del sistema democrático, pues sin la supervivencia de éste les sería cuesta arriba realizar a cabalidad su razón de ser, fueron identificados como potenciales agresores de la institucionalidad creada para la defensa de las libertades políticas, civiles y económicas que caracterizan a la ciudadanía. Así las cosas, producto del ...«diálogo con un amplio número de prominentes líderes y formadores de opinión a lo largo de toda la región»...⁴, que incluyó a 231 personalidades, entre las cuales se contaron presidentes, ex presidentes, vicepresidentes, ex vicepresidentes, políticos en general, empresarios, sindicalistas, intelectuales, miembros de organizaciones no gubernamentales, religiosos y oficiales de las fuerzas armadas, se armaron conclusiones del siguiente tenor en torno al papel desempeñado por los medios de comunicación en las conductas de acecho a la democracia:

Forman la opinión pública, determinan las encuestas y, en consecuencia, son los que más influyen en la gobernabilidad (...) Actúan como suprapoderes (...) han pasado a tener un poder que excede al Ejecutivo y los poderes legítimamente constituidos (...) han reemplazado totalmente a los partidos políticos (...) La clase política les teme. Porque pueden deshacer una figura pública en cualquier momento (...) La forma en que se construyeron las concesiones y los intereses con los que se tejió toda la estructura de los medios de comunicación, los tiene convertidos en un poder (...) El gran capital es un factor de poder mucho más real hoy, porque se ha venido apoderando de los instrumentos mediáticos, entonces eso les permite no sólo tener poder sino ejercerlo (...)

Los medios de comunicación están atravesando un proceso de evolución en el que tenemos una confusión de poder como nunca jamás han tenido en su historia, que es el poder total y la

3 Samuel P. Huntington. *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1994.

4 Dante Caputo. *op.cit.* p. 13.

responsabilidad cero (...) Los medios hoy tienen un poder que puede tumbar un ministro, que puede influir en una política y que está marcando la agenda, a veces en una sobredimensión injusta (...) Los medios de comunicación han pasado a ser suprapoderes (...) vinculados a los sectores económicos, por supuesto, tienen más poder que el poder militar, que el Ejecutivo, que la propia Iglesia y los partidos políticos. Han reemplazado totalmente a los partidos políticos. Se han instalado en el centro de la sociedad, lo que es bueno para el control de los otros poderes, pero, al mismo tiempo, si existe un control, ese poder puede convertirse en una inquietante perversión.⁵

Vale decir, para el período estudiado, en la percepción de los consultados, todos con destacado peso en la dirección política, económica y cultural de sus países de origen y asiento, los medios de comunicación de masas habían asumido posturas que, en significativa cantidad de ocasiones, les llevaron a cruzar la frontera de poderes fácticos (que efectivamente siempre han sido) para erigirse en actores políticos de primera línea, capaces de influenciar las políticas públicas a ser ideadas y/o desarrolladas en sus respectivas sociedades desde las instancias del poder constituido (ex profeso, redundancia conceptual). De esta forma, más que actuar como herramientas de expresión y fortalecimiento del orden democrático, muchos de estos medios comenzaron a operar en contrario; es decir, se convirtieron en instrumentos con capacidad de debilitar la democracia, dado el caso que empujaron el destino nacional en la dirección trazada por el cuestionable hecho de que las decisiones tomadas por los factores en ejercicio de la gerencia política de la sociedad, o con posibilidades creíbles de ejercer dicha gerencia, respondieran cada vez menos a los intereses difusos del colectivo y cada vez más a los intereses velados o manifiestos de los grupos en control de tales medios. Esto es, la conformación de un orden político, económico y social concebido según el leal saber y entender de los propietarios de periódicos, radios y televisoras, independientemente de que tal concepción se apartara de los cánones democráticos, habida cuenta de que los poderes tutelados no son realmente autónomos pues, en la práctica, al temer el acoso implacable de los medios, con fuerza suficiente para destrozar trayectorias, reputaciones, proyectos, etc., terminan maniatados de manera vergonzosa, y en vez de dar la cara y

⁵ *Ibíd.* p. 160-165.

atender los reclamos de la población que los eligió vía la representación, escuchan en primera instancia la presión de quienes desde su ámbito de acción pretenden encauzar el derrotero del país, amparándose en el supuesto respeto a la diversidad de criterios y obligatoriedad de la denuncia. Arguméntese cuanto se quiera al respecto para negar esta línea de acción, lo cierto del caso es que gobiernos y Estados coaccionados por poderes fácticos jamás llegan a ser plenamente democráticos. En verdad, no son más que gobiernos y Estados secuestrados, independientemente cuál sea el poder fáctico que logró colocarlos bajo custodia.

El objetivo del presente ensayo es abordar la problemática descrita (el papel general de los medios de comunicación como elementos desestabilizadores de la democracia) en el caso venezolano. El análisis pretendido se estructuró con base en dos supuestos. Primer supuesto: los cambios políticos-institucionales adelantados en el país a partir de 1999 con la llegada al poder por vía electoral de la autodenominada revolución bolivariana, terminaron dando al traste con el sistema democrático liberal representativo instaurado en 1959, proceso histórico que fue la consecuencia más importante de la sublevación militar que en enero de 1958 derrocó a la dictadura, también militar, encabezada por el general Marcos Pérez Jiménez. En consecuencia, lo transcurrido desde ese momento (1999) en adelante puede describirse como la instauración de un régimen autoritario que condujo (el proceso se mantiene invariable a la fecha en que se teclean estas líneas) a la conformación de un sistema de dominación política que responde con precisión a los indicadores teóricos de un Estado Cuartel.⁶

Segundo supuesto: el arribo a las instancias de control del gobierno y del Estado venezolanos por parte de la facción castrense sublevada en febrero y noviembre de 1992 (grupo dirigente de la mencionada revolución bolivariana), y de los otros grupos políticos (enemigos históricos de la democracia venezolana, recurrentemente alzados en armas y consecuentemente derrotados durante el período de vigencia de ésta) que en torno a tal sector se nuclearon para igualmente acceder al poder mediante las elecciones escenificadas en diciembre de 1998, en buena medida fue posible dado el hecho de

6 Proceso abordado desde diferentes perspectivas en: Luis Alberto Buttó y José Alberto Olivares (coordinadores). *El Estado Cuartel en Venezuela: radiografía de un proyecto autoritario*. Caracas: Grupo Editorial Negro sobre Blanco, 2016.

que el mensaje llamando a cambio de liderazgo y de sistema político, propugnado por tales grupos, pudo calar hondo en la población venezolana, al punto de ser votado mayoritariamente en las elecciones señaladas, dado el clima de opinión pública creado desde importantes medios de comunicación en el sentido de que la democracia liberal representativa estaba agotada para ese momento y que la actuación del liderazgo político democrático en ejercicio para la época (partidos y personalidades, vistos indistintamente) se encontraba abiertamente distanciada del sentir y clamor popular.

De hecho, la sociedad venezolana acudió a las urnas electorales en diciembre de 1998 con la firme convicción a cuestas de que la democracia venezolana, en esos instantes, no era más que ...«un sistema cerrado, oligárquico, poco participativo (...) Los partidos han devenido en centros únicos de poder, sus dirigentes en directivos de la burocracia partidista, sin representar siquiera los intereses de sus propias bases»...⁷ y que la política como concepto era ...«los políticos, los partidos, lo que ellos dicen y lo que ellos hacen»...⁸ y no lo que debería ser; es decir, ...«el empleo del poder para producir en la sociedad efectos de conservación, restauración o cambio, conceptualizados de maneras muy diversas (bien común, realización de la libertad, construcción de una sociedad justa, consolidación de la democracia, etc.)»...⁹ Henchido de tales creencias, 80% de la población manifestaba poco o ningún interés por la política; 70% aseguraba que la política tenía poca o ninguna importancia en la vida de la gente; 86% pensaba que los partidos políticos poco o nada estaban trabajando por resolver los problemas del país; 80% indicaba que los partidos políticos daban más problemas que soluciones; y 62% afirmaba tajantemente que los partidos políticos no servían para nada.¹⁰ Nada sorprende, en consecuencia, que en el marco delineado por tal imaginario colectivo, fuese suscrito y apoyado electoralmente el discurso adelantado por el candidato de lo que luego por simplismo en el habla común fue denominado «chavismo». Discurso estructurado en torno a ideas terriblemente elementales por estar vaciadas de contenido ideológico palpable al

7 Roberto Zapata G. *Valores del venezolano*. Caracas: Ediciones Conciencia 21-Ediciones IESA, 1996. p. 164.

8 *Ibíd.*

9 *Ibíd.*

10 *Ibíd.* p. 163, pp. 176-177.

limitarse al anuncio de «refundar la república» y edificar una «democracia participativa y protagónica», en oposición a la realmente existente para la época, demonizada a más no poder con sobrenombres peyorativos al estilo de «cogollocracia», «partidocracia», «oligarquía», «democracia puntofijista», etc. Discurso destinado a borrar de la mente de los venezolanos el irrefutable hecho de que ese sistema convertido en anatema, más allá de las justas críticas que pudieran plantearse sobre su funcionamiento, operó como garante de las libertades políticas y civiles del pueblo venezolano, experiencia que con anterioridad sólo había podido vivirse en el corto intervalo comprendido entre 1945 y 1948.

Obviamente, nada de lo dicho ni de lo por decir pretende negar el contenido intrínsecamente cierto del siguiente apotegma ...«La prensa es, por excelencia, el instrumento democrático de la libertad»...¹¹ Es un error de apreciación insalvable tergiversar el hecho indiscutido de que en Venezuela, de manera similar al resto de América Latina donde hubo y hay democracia, la disposición de los medios de comunicación a ventilar denuncias encaminadas a transparentar las innumerables tropelías cometidas por funcionarios, activistas políticos y factores de poder (del tipo que fuere, desde económicos hasta religiosos), propiciaron en su momento (el asunto continúa en la medida de lo posible) el clima necesario para que se exigiera el castigo, cese y/o corrección de tales desafueros, en múltiples casos desagradablemente generalizados. Ninguna exageración hay en decir que si periodistas y propietarios de medios no hubiesen tenido la valentía de acoger en sus espacios estas denuncias, arriesgando en muchos casos el físico de los mensajeros y la supervivencia del propio medio como tal, la mayoría de tales actos bochornosos (por no decir su totalidad) habrían quedado impunes o hubiesen continuado cometándose, quién sabe por cuánto tiempo. He allí un escudo dispuesto para la defensa integral que la democracia demanda. Pero, al mismo tiempo, es peligroso soslayar la manera como operan los poderes no visibles en la sociedad. Al fin de cuentas,...« ¿Acaso los medios de comunicación de masas no son poder? (...) No subestimemos la palabra poder (...) capacidad para influir de manera determinante en el devenir de los acontecimientos. Ergo todas aquellas instituciones que acumulen esa

11 Alexis de Tocqueville. *La Democracia en América* (tomo 2). Madrid: Alianza Editorial, 1985. p. 275.

capacidad tienen poder. Subestimar eso no está en el decálogo de un buen estratega»...¹²
Hacer caso de esta advertencia se constituyó en leitmotiv del presente escrito.

Adiós al espíritu del 23 de enero: partidos y democracia en la picota

Desde mediados de los años ochenta del siglo pasado, con mayor énfasis a partir de la década de los noventa de dicha centuria, buena parte de los medios de comunicación en Venezuela asumieron una línea editorial signada, en términos generales, por dos variables que determinaron el grueso de los contenidos por ellos seleccionados para ser mostrados a la gran audiencia, tanto como privilegiaron el enfoque dado a dichos contenidos y el orden de importancia (cantidad y calidad de los espacios destinados a la presentación de este tipo de mensajes) mediante el cual pasaron a ser expuestos. La primera de tales variables estuvo definida por la promoción de cierta racionalidad que buscaba convertirse en cosmovisión dominante, en la cual el análisis económico se erigió (o pretendió erigirse) en especie de new age llamada a superar a las racionalidades para el momento establecidas como faros direccionales de la comprensión colectiva; léase, la centrada en la valoración en primacía de lo político y la destinada a considerar el componente social como centro fundamental de la acción pública. Así las cosas, medios escritos cambiaron drásticamente diseño y diagramación, al igual que los audiovisuales modificaron noticieros, programas de opinión y programación en general, para dar masiva y permanente cabida a la divulgación de mensajes destinados a ensalzar la mentada racionalidad, burda y estrictamente económica. Por ello, las incontables páginas de periódicos, el caudal de libros y revistas, y el sinnúmero de programas de radio y televisión, dedicados a difundir la biografía de exitosos capitanes de industria (el sustantivo CEO se hizo rabiosamente popular), el reacomodo productivo y/o financiero de empresas transnacionales, las variaciones de los mercados bursátiles, y pare usted de contar. En una sociedad cuya ventura y/o fatalidad siempre estuvo amarrada (lo sigue estando) única y exclusivamente a los vaivenes de los precios internacionales del petróleo, se

12 Eduardo Gómez. «El error Podesta (nunca subestimen el quinto poder)», en *Grandes Medios*. 26 de diciembre de 2017. Disponible en: <http://bit.ly/2EPohlg> Consulta: 17 de enero de 2018.

puso absurdamente de moda seguir la cotización de acciones transadas en las bolsas de valores de Shanghái o Nueva York, como si se estuviese hablando de la subida de los precios del tomate en mercados municipales.

Desde entonces, en concordancia con el discurso triunfante de la globalización vaticinada irreversible, el diseño e implementación de políticas económicas identificadas con el liberalismo llevado a extremos indigeribles comenzó a vocearse como eje transversal de cualesquiera proyectos políticos encaminados, en teoría, a superar las incongruencias propias del bajo grado de desarrollo relativo en el cual se encontraba sumido el país. Se puso sobre el tapete, en consecuencia, la discusión en torno a la supuesta única «hoja de ruta» que podría enrumbar el destino nacional para ponerlo en sintonía con la orientación que el planeta entero estaba siguiendo, luego del derrumbe del imperio soviético y el retorno de la economía china a las coordenadas trazadas por el capitalismo (sin lugar a dudas salvaje, en este caso concreto). «Hoja de ruta» que, huelga decirlo, debía comenzar en el crecimiento medido a través de la variación positiva de indicadores macroeconómicos (reducción del déficit fiscal, reestructuración de la deuda interna y externa, ampliación de las reservas internacionales, etc.) y que, al final de la jornada, cubiertos los lapsos para la implantación de los reajustes necesarios, en efecto cascada bajaría al redil de las masas y permitiría mejorar las condiciones de vida de la población, seriamente disminuidas, por cierto, dados los efectos perniciosos de lo que en organismos como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas devino en denominarse la «década pérdida» (años ochenta del siglo pasado).

El planteo de tales argumentos derivó en crítica acérrima al funcionamiento y conformación del Estado venezolano. En consecuencia, voceros identificados y/o propugnadores de esta visión de la sociedad, y de la consecuente manera de administrar la *res pública* en caso de imponerse tal concepción de país, dieron por cuestionar la intervención y participación del Estado en la economía, afirmando, no sin razón, que dicho proceder distorsionaba el sano desenvolvimiento de la actividad productiva, la cual, desde su perspectiva, debía quedar bajo el arbitrio de las leyes del mercado y en modo alguno constreñirse mediante la aplicación de, por ejemplo, políticas de regulación de precios y el mantenimiento en el tiempo de la restricción a las libertades económicas vigente desde la instauración del gobierno primigenio de la era democrática iniciada

en 1959. Posteriormente, ganados adecuados e importantes espacios de difusión en la opinión pública, esta vocería incrementó el radicalismo de las posturas inicialmente presentadas. Así las cosas, verbigracia, se pasó a fustigar el hecho, plenamente justificado en términos sociales por lo demás, de que el Estado garantizará elementos fundamentales de la condición y calidad de vida de la población como la atención médica, la educación y el otorgamiento de pensiones de retiro (vejez), indicando que, en sí mismos, tales aspectos constituían metas de estricta y particular responsabilidad del individuo y, como tales, cada persona debía proveérselas por sus propios medios, sin contar ni exigir ningún respaldo del Estado al respecto.¹³

Igualmente, se inició una sostenida campaña de demanda para lograr que las reivindicaciones de tipo laboral, y otras similares, se moderaran al mínimo posible, en tanto y cuanto su constante revisión frenaba las posibilidades de crecimiento económico, objetivo supremo que debía perseguirse como aspiración global de la sociedad.¹⁴ Paralelamente, comenzó a hablarse de la necesidad de erradicar la presencia de políticos de oficio en la conducción del gobierno y del Estado para que dichos cargos de la estructura burocrática oficial pasasen a ser ejercidos por profesionales y técnicos considerados más competentes en tal sentido.¹⁵ Se inauguró así el discurso ramplón de que el presente y el futuro prósperos del país sólo podían ser alcanzados si la estructura gubernamental y estatal quedase en manos de «gerentes» y se excluyeran de tal control a personeros pertenecientes a partidos políticos o con algún grado de vinculación con estos. De hecho, se tildó al Estado venezolano de mera agencia de colocación de empleos, dispuesta para satisfacer las aspiraciones de los activistas de la organización política que, coyunturalmente, estuviese a cargo del poder ejecutivo y/o tuviese presencia dominante en los poderes legislativo y judicial.¹⁶ También se colocó en la mira la joya de la corona. El reclamo superó lo relacionado con la preeminencia del sector privado en los sectores secundario y terciario de la economía, lo cual acusa lógica difícilmente rebatible, sino que

13 Carlos Alberto Montaner. «Indagaciones sobre la libertad y prosperidad», en *El Diario de Caracas*. Caracas, 15 de marzo de 1987. pp. 24-25.

14 Grupo Roraima. *Proposición al país. Proyecto Roraima. Plan de Acción*. Caracas: Instituto Roraima, 1985. 112 pp.

15 *Ibíd*

16 Marcel Granier. *La generación de relevo vs. el Estado omnipotente*. Caracas: Publicaciones SELEVEN, 1984. 146 pp.

además apuntó a que fueran capitales de igual procedencia los que adquirieran condición de omnisciencia en la explotación de las materias primas estratégicas, caso petróleo y hierro fundamentalmente, en reversión del proceso de nacionalizaciones llevado a cabo en la década de los setenta.¹⁷

La segunda variable que signó la línea editorial de la mayoría de los medios de comunicación venezolanos durante el período estudiado, se desprendió del contenido y alcances de lo esbozado en las líneas anteriores. Tal variable la constituyó el emprendimiento y constante desarrollo de una campaña caracterizada por la crítica acerba en torno a la operación de los partidos políticos como modelos de organización misionados para canalizar el ejercicio de la participación política colectiva en el sistema democrático liberal representativo. En este sentido, de manera simplista, irresponsable, injusta y desproporcionada, se pretendió, y efectivamente logró, equiparar el funcionamiento del sistema democrático con la personalísima desviación de funcionarios y dirigentes, de tal forma que actuaciones en sensu stricto responsabilidad particular de individualidades, especialmente en materia de corrupción administrativa y manipulación del sistema de justicia, fueron «vendidas» ante las masas como fallas inherentes y no subsanables del sistema de partidos, cosa que estos pasasen a ser percibidos en el imaginario colectivo como fuente promotora de los agudos problemas políticos, sociales y económicos, que el país experimentaba para el momento.

Dicha campaña, que es corto adjetivar de feroz, quedó retratada, por ejemplo, en la puesta en escena de telenovelas que gozaron de elevadísimo rating. También, en programas de opinión donde a los políticos se les sentaba en una especie de banquillo dispuesto para ventilar en su contra todas las acusaciones imaginables y donde se lanzaban a diestra y siniestra denuncias de todo tipo que, en múltiples oportunidades, se alegó estaban exentas de sustentarse en pruebas bajo la excusa de que la documentación correspondiente no era función del presentador o periodista. Además, en muy leídas columnas de prensa definidas en su contenido por las mismas incoherencias señaladas para los mencionados programas de opinión. Es iluso pensar que en porción altamente significativa de los casos referidos para ilustrar el planteo, los responsables de dichas

17 Eddo Polesel. *La libertad. Propuesta para el rescate de los Derechos Económicos*. s.p.d.i. 44 pp.

acciones no fueron plenamente conscientes del impacto que tales procederles podrían generar, y efectivamente generaron, en términos de creación de matrices de opinión pública contrarias a la valoración positiva de la democracia como herramienta propia de la modernidad para dirimir los conflictos, inevitables socialmente hablando, generados por el acceso al poder político. A sabiendas del impacto que esta campaña generaría en las creencias políticas de la población, el grueso de los medios de comunicación (más bien, personajes de carne y hueso en ellos atrincherados) actuantes para el momento histórico estudiado, evaluó negativamente al sistema democrático existente al, deliberadamente, sembrar confusión generalizada en torno a las expectativas que sobre él podían construirse, al no puntualizar, a efectos de la necesaria pedagogía ciudadana, los reales, por factibles, alcances de las políticas públicas ideadas y ejecutadas por los correspondientes gobiernos de turno.

Es decir, desde estos medios, con el ánimo a veces no tan velado de distorsionar la visión a ser tenida por la gente sobre la democracia liberal representativa inaugurada en 1959, se le exigieron peras al olmo, negadas por supuesto de antemano. Ante el hecho de que se ejecutaran programas, planes y acciones poco efectivas en materia económica y social, pues en muchos casos no propiciaron el crecimiento económico y desmejoraron los estándares de vida de la población, se condenó a la democracia en su integralidad, al tildarla de vacía de contenido y presentarla como caricatura apartada del deber ser. Se le endilgaron los cognomentos de democracia irreal, democracia de papel, democracia electorera, democracia jamás realizada. El reproche sobre el desacierto de los mencionados programas, planes y acciones, que debió estar claramente enfocado y singularizado, adquirió desde el principio la forma de vituperio generalizado proferido en contra de la democracia como sistema de organización política. De resultas, la población pasó a culpar por sus malestares no a la ineficacia de determinadas gestiones sino a la democracia entendida como un todo orgánico.

En concomitancia, caudal importantísimo, cuantitativa y cualitativamente hablando, de los mensajes emitidos por estos medios, obvió ex profeso el hecho de que las desviaciones propias del comportamiento individual de ciertos políticos, movidos por la defensa de sus circunstanciales intereses crematísticos, eran expresiones puntuales, conductas personalísimas, y no norma de actuación inherente al interior de los partidos

políticos. En consecuencia, se igualó la justa censura del actuar equivocado e inmoral de personas en concreto, con el cuestionamiento de la razón de ser, la constitución y el funcionamiento de los partidos políticos a los cuales pertenecían estas personas, a sabiendas de que tal reproche era de raíz improcedente, pues implicaba dar rienda suelta a un proceso indetenible de detracción de la institución (el partido político) sin la cual es inviable el sostenimiento de la democracia, pues es precisamente gracias a su acción aglutinante cómo logran conciliarse en el plano social las aspiraciones y apetencias del individuo circunscrito al ámbito privado con la defensa de los objetivos generales y difusos plantados en el espacio de lo público, aunque, por momentos, el equilibrio resultante pueda parecer precario. Salto de garrocha altamente pernicioso: con oscuras intenciones se privilegió la apreciación negativa de los partidos políticos, desmeritando su papel de instrumentos idóneos para la participación ciudadana y de intermediarios entre la sociedad y los poderes constituidos en gobierno, en vez de centrarse en el señalamiento de nombres y apellidos responsables de conductas a simple vista tachables.

Conceptualmente hablando, la crisis política experimentada en esos años, que en sano juicio ningún observador medianamente atento y con cierta capacidad de lectura de los procesos sociales en desarrollo habría podido negar, fue trocada, deliberadamente, en crisis de la política, conscientes como efectivamente lo estuvieron los adalides de tal conseja mediática y atiborrada de segundas y non sancta intenciones, que la primera ...«por grave que sea (...) encierra siempre una posibilidad de superación: reemplazar a unos representantes por otros»...¹⁸ mientras que la segunda ...«expresa una relación de no adecuación entre lo que se imaginan los representados que debe ser la política, y la política que se imaginan que tienen que realizar los representantes»...¹⁹ Es decir, intencionalmente se buscó disociar a la población de la valía del ejercicio de la actividad política desarrollada desde y por los partidos políticos, a los fines de sembrar la idea de la necesidad de ...«reemplazar no tanto a los representantes sino al sentido mismo de la política o, lo que es parecido: exige redefinir la especificidad de lo político propiamente

18 Fernando Mires. *La revolución que nadie soñó, o la otra posmodernidad*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1996. p. 117.

19 *Ibíd.*

tal»...²⁰ Es decir, abonar el terreno para que floreciera el espectro de la antipolítica.

La opinión pública venezolana fue conducida sistemáticamente a grados de aceptación, comprensión, demanda o cuando menos simpatía, con opciones políticas en 180° grados alejadas del derrotero democrático. Nada de sorprendente se encuentra, entonces, en el hecho de que desde la década de los setenta del siglo anterior, a amplísimo porcentaje de la población (50%) le lucieran aceptables los golpes de Estado bajo ciertas condiciones, fundamentalmente cuando el colectivo tuviese la percepción de que los gobiernos no prestaban atención a sus demandas.²¹ Esta cifra se mantuvo para el decenio siguiente (59%)²² y se extendió sin significativas variaciones (49%)²³ hasta cuando el país se vio sacudido por las rebeliones militares de 1992. No podía ser de otra manera cuando, por ejemplo, desde espacios destinados para la preservación de la fe, en esta caso católica, se bendijo sin reparo alguno al golpismo irredento al dar a entender que la nueva cabalgata de éste fue motivada por ...«La intención obviamente era el clamor del pueblo de rescatar la dignidad del país de manos de los gobiernos corruptos, responsables del empobrecimiento de las grandes masas y del robo de los dineros de la nación»...²⁴ No podía ser de otra manera a sabiendas de que, con disquisiciones camufladas de sentir patriótico y afectada preocupación por el malestar acumulado, vocerías erigidas en especie de gurúes de la conciencia nacional, justificaron sin reparo alguno, cuando no llegaron a exigir a gritos su realización, el desencadenamiento de salidas abiertamente opuestas al sistema democrático; acontecimientos que, al producirse, por las irreversibles secuelas dejadas, retrotrajeron al país a las oscuras épocas donde la violencia aplastaba al convencimiento:

Lo que ha ocurrido en Venezuela el 4 de febrero de 1992 se veía venir desde hace tiempo. El más superficial observador no podía dejar de darse cuenta del disgusto creciente que la mayoría de la población,

20 *Ibíd.*

21 Ángel Oropeza. *El significado de la democracia: un estudio psico-político de una representación social*. Caracas: Tesis Doctoral en Ciencia Política, Universidad Simón Bolívar, 2002. p. 133.

22 *Ibíd.*

23 Gladys Villaroel. *Representaciones políticas del venezolano*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico-Universidad Central de Venezuela, 2001. p. 136.

24 Laura Luna. «Caldera perdonará a los golpistas. Las promesas se cumplen», en *Revista Élite*. Caracas, 15 de febrero de 1994, pp. 22-23.

particularmente la clase media y los trabajadores, para no nombrar los marginales y los desempleados, venía manifestando en muchas formas ostensibles (...) La insurrección del 4 de febrero de 1992 no debe ser vista aisladamente, como un caso más de intentona golpista por parte de militares ambiciosos, sino que hay que considerarla, si se quiere entender su verdadera significación y comprender la situación real del país, en el contexto del cuadro general de la vida venezolana (...) Sería un craso error pensar que la tentativa de los jóvenes oficiales se ha producido en el vacío y, menos aún, que en alguna forma corresponda a una inclinación generalizada a favor de un gobierno autoritario.²⁵

En líneas generales, la población se hizo eco de estos cantos de sirena. En consecuencia, la antipolítica germinó, creció con fortaleza y se hizo poder a la vuelta de una década. La tan de moda metáfora «fin de la política» devino en leerse imperio de la antipolítica. El discurso en este sentido divulgado persistentemente por los medios de comunicación caló hondo en el imaginario colectivo y modificó sustancialmente la percepción tenida por el venezolano acerca de la política entendida como acción humana enclavada en determinado contexto nacional, y acerca de los partidos políticos como mecanismos conformados para canalizar la organización, movilización y participación ciudadana. De resultas, el grueso de la gente adquirió progresivamente una valoración subjetiva negativa de la actuación concreta de los operadores políticos (especialmente la dirigencia de los partidos) en los cuales se encarnaban las agrupaciones partidistas.

Cambio de percepción que se expresó en la creciente complacencia y/o identificación del colectivo con una manera emergente de plantear, entender y ejercer la política, donde privó desde entonces la desmovilización y desorganización del elector (clima propicio para la apatía social medida en relación con la política). Se vació de contenido el mensaje pues el medio se erigió en el mensaje mismo, al punto que la condición personal del emisor llegó a ser lo determinante, dejando de lado la ideología que debía estar implícita en cualquier propuesta de gobierno racional y por ende aceptable. En consecuencia, revivió la tara política propia de períodos anteriores a la modernidad, donde lo único que realmente contaba era la persona y su circunstancia particular y no la solidez de

25 Arturo Uslar Pietri. *Golpe y Estado en Venezuela*. Caracas: Grupo Editorial Norma, 1992. pp. 11, 14-13.

las ideas expuestas. Para culminar la tarea con éxito sólo se necesitó encontrar hojas de vida más o menos exitosas para promocionarlas como los grandes paradigmas a seguir, los nacientes salvadores de la patria. En charadas orquestadas a punta de propaganda y divulgación interesada de rostros y mini-biografías, se saltó, sin solución de continuidad, de animadores de televisión a reinas de belleza, pasando por cualesquiera otras figuras disponibles en el casting. Al final, el proceso aterrizó en el ensalzamiento de aventureros irresponsables, aquellos que acumularon el condenable mérito de despreciar el sentir colectivo expresado en elecciones previas al atentar con las armas contra la democracia. A estos se les presentó como mesías predestinados y, al aplaudir su supuesto desprendimiento personal («dejaron carreras y familias por la patria», llegó a decirse), se les vistió con el ropaje de gendarmes necesarios. Se manipuló descaradamente al pueblo para que éste incurriera en la ...«endémica obsesión de ir atrás»...²⁶ Lo irónico del cuento es que mensajes de este tenor, contrarios como eran en fondo y forma a los mecanismos de canalización del ejercicio democrático, pudieron tener libérrima difusión gracias, precisamente, a la vigencia de la institucionalidad democrática, dispuesta para otorgar espacios a las voces de todos aquellos que, en función de la debida y estatuida alternancia en el ejercicio del mando, saltaran al ruedo de la contienda política en la búsqueda de posiciones de preeminencia dadas por la ubicación en cargos directivos gubernamentales o estatales.

A la par que a través de los medios se dio cabida a la más diversa cantidad de mensajes centrados en la crítica despiadada a la actuación de los partidos políticos, llamados «tradicionales» de manera peyorativa para dar a entender que eran incapaces de comprender los «nuevos tiempos» (el cacareado derrumbe de las ideologías) y adaptarse a ellos, se promocionó de manera masiva el derecho inalienable de actores ascendentes a ocupar espacios públicos destacados en la medida en que no pertenecían a la despreciable casta de los políticos de oficio, a quienes se tildó de gente infectada de vicios y corruptelas, habidas y por haber. Escalamiento vertiginoso experimentó, entonces, la conseja de que la barrera de entrada para la contienda por controlar el Estado y el gobierno no podía continuar siendo la militancia política, pues desde ese momento lo

26 Rafael Gallegos Ortiz. *El cachorro Juan Vicente Gómez*. Caracas: Editorial Fuentes, 1977. p. 10.

importante tendría que ser el cúmulo de méritos sumados por estos nuevos personeros en las esferas particulares en que venían desempeñándose. Nada inocente hubo en el descarado hecho de obviar que la esencia del ejercicio político no es la procedencia de los individuos involucrados en tal brete, sino la concreción en su actuar de la praxis humana especializada en los procesos de conquista de necesarias cuotas de poder para adquirir legal y legítimamente la autoridad requerida para imponer decisiones posibilitadas por el manejo del aparataje institucional.

Fueron los años en que el discurso relacionado con la práctica política se hizo agresivamente homogéneo, homogeneizador, anodino, insustancial, desideologizado. Rupestre fomento de la mera valía personal y rechazo impúdico al debate en torno a las bases programáticas mínimas indispensables a poner en práctica a la hora de gobernar el país. Discurso alimentado de un sinfín de lugares comunes del tipo lucha contra la corrupción, honestidad en la gestión, creación de empleo, combate a la delincuencia, imperio de la meritocracia, aprovechamiento de los recursos naturales, gerencia de crisis, reinversión de la renta petrolera, desmontaje de la dictadura de los partidos y demás zarandajas por el estilo. Discurso que al apalancarse en vocablos y expresiones comodines de fácil aceptación por la masa previamente despolitizada, buscaba blindarse frente a posibles cuestionamientos pues, en realidad, su real contenido nunca superó el hecho de ser una ristra de buenas intenciones y rosario de problemas a resolver, al no estar respaldada la enumeración con la definición clara de los planes, programas y acciones puntuales mediante los cuales habrían de transformarse en políticas públicas, en el supuesto negado de que estuviesen encaminados al logro de objetivos estratégicos formulados en función de un determinado y previamente explicitado proyecto de país.

Se pusieron de moda los pronunciamientos antipolíticos armados en términos de fácil digestión en las conversaciones cotidianas al no venir acompañados de ninguna propuesta de realización seria por tangible: ...«La Ideología básica es el retorno al ser humano (...) establecer en lugar de la PARTIDOCRACIA o de la GERONTOCRACIA que tenemos actualmente en Venezuela, establecer la MERITOCRACIA, vamos a regresar a que los venezolanos valgamos por nuestros méritos y no por el color de un carnet político»...

[Mayúsculas del autor]²⁷ Abominación de los partidos políticos traslucida con preguntas retóricas sobre la operación de aquellos: ...«¿Tú sabes cómo funciona la rosca de los partidos políticos? ¿Tú crees que hay derecho a que haya esa doble columna de poder que hay en Venezuela? (...) no manda el gobernador por encima del Secretario General del Partido. Porque al primero que raspan es al gobernador... Estoy contra eso»...²⁸ Planteamientos donde la complejidad del orden social se comparó sin prurito alguno con procesos naturales, al peor estilo positivista: ...«la naturaleza no conoce de Justicia social (...) ella no entiende de que tú de golpe divides aquello y le des 100 hectáreas a un campesino que siembra yuca, y al lado un campesino siembra tomates y al lado otro campesino no siembra nada (...) yo así no puedo producir»...²⁹

Pragmatismo ramplón opuesto a la reflexión necesaria: ...«El problema de los partidos políticos es que ellos no son pragmáticos. Ellos son dogmáticos (...) está cada uno dentro de sus dogmas (...) estamos frente a partidos dogmáticos que no están al día y yo soy un hombre pragmático, humanista. Yo creo en la moralidad práctica»...³⁰ Propuesta de gobierno resumida en el anuncio de tsunami a ser aplicado sobre la administración pública: ...«el mejor ministro al frente de uno de esos mastodontes que son los ministerios, donde están plagados de personas incapaces en puestos importantes no puede funcionar (...) ¿qué partido político da mano libre? (...) como empiece a sacar a su gente incapaz de los ministerios se queda sin gente»...³¹ Ideario en el cual, para no decir nada aparentando decirlo todo, la referencia al mito fundacional fue insoslayable, ya que se sabía de sobra generaría adeptos vía la exacerbación del patriotismo: ...«Cuando yo emprendí una campaña en recuperación del nombre de Bolívar, no es un mero recuperar el nombre de Bolívar por más que esto signifique tanto, es que recuperar el nombre de Bolívar significa recuperar en gran parte la conciencia de qué significa ser venezolano»...³² La manera profunda de ser de un pueblo, lo enrevesado y dinámico de

27 Renny Ottolina. *Discursos*. Disponible en: <http://bit.ly/2DCKCao> Consulta: 25 de enero de 2018.

28 *Ibíd.*

29 *Ibíd.*

30 Renny Ottolina. *Renny Ottolina y su opinión sobre Acción Democrática, Copei, PCV y los motorizados*. Disponible en: <http://bit.ly/2b6sc2y> Consulta: 25 de enero de 2018.

31 *Ibíd.*

32 Renny Ottolina. *Palabras de Renny Ottolina que todo venezolano debe escuchar*. Disponible en: <http://bit.ly/2b6sc2y>

su carga histórica, simplificado de manera vulgar (acepción del vocablo: lo impropio de la educación verdadera) en un manido símbolo de principios del siglo XIX.

Utilizando la farándula como carta de presentación, se encontró la garrocha para dar el salto cuántico desde pasarelas de concursos de belleza nacionales e internacionales a la cabeza de alcaldías y/o gobernaciones, aspiraciones presidenciales de por medio, en algunos casos drásticamente derrotadas, cuando no se le perdonó a representantes de la antipolítica que corrieran desesperadamente a agenciarse el apoyo de partidos políticos porque un día amanecieron sin que les cuadraran los números en los sondeos electorales. Organizaciones construidas de la noche a la mañana para resolver contingencias meramente electorales se bautizaron con el nombre de individualidades (verbigracia: Integración y Renovación Nueva Esperanza, IRENE), en vergonzoso juego de palabras destinado a cazar todos los incautos que no entendieran el peligro implícito en la personalización de la política. Simplones modelos de país reducidos con demostración de escasa inteligencia a propuestas como la de desmontar el «Papá Estado» para construir a la «Mamá Estado»; esta última encarnada en sosos personeros que nunca supieron explicar el porqué sátrapas como Augusto Pinochet les parecieron «hombre de gran corazón».

Tanta agua se arrimó al cántaro desde los medios de comunicación pidiendo a gritos el desmontaje del sistema de partidos vigente para la época, que a aquellos que ofrecieron destruir hasta los cimientos las «cúpulas partidistas podridas», luego de haberse sublevado en armas contra la democracia legal y legítimamente constituida, y en consecuencia haber demostrado sin ambages su talante violento y autoritario, propio de la barbarie decimonónica donde la guerra fue por excelencia el mecanismo de ejercicio de la política, se les dio toda la cancha imaginable para que con mensajes revanchistas, a los cuales con todos los sofismas disponibles múltiples opinantes y comunicadores barnizaron como de redención social, conquistaran la simpatía de cuantiosa porción de la población venezolana y, en hábil movida táctica, arribaran al poder por vía electoral para llevar adelante el estratégico proyecto pretoriano que a sangre y fuego no pudieron materializar «por ahora», punto de partida para la derivada, progresiva y sostenida

ly/2rFqaPD Consulta: 25 de enero de 2018.

implantación del proyecto político autodenominado revolución bolivariana; en verdad, modelo de dominación claramente concordante con los indicadores de un Estado Cuartel; a saber:

sistema de gobierno donde los integrantes del sector militar se constituyen la clase dominante de una sociedad determinada, o pasan a formar parte de esa clase dominante en condición de supremacía, dados el poder político y el poder económico adquiridos, razón por la cual terminan controlando de manera directa o indirecta el andamiaje institucional del Estado, independientemente de que el colectivo social en cuestión opere con base en la economía de mercado o se haya decantado por la planificación económica centralizada. Al desempeñar estas funciones usurpadoras (se sobreentiende que la razón de ser de los integrantes de la institución castrense es defender la sociedad de amenazas externas no dirigir dicha sociedad) los hombres y mujeres de armas logran imponer la cosmovisión asociada a la apología de la guerra expresada en términos políticos a lo interno del conglomerado sometido en la aplicación práctica de la dicotomía bando aliado versus bando enemigo, de forma tal que a partir de esa orientación pasan a dirimirse los conflictos sociales y los conflictos por el acceso a las estructuras gubernamentales.³³

La apología de todo lo que material e intelectualmente se opusiera a la democracia liberal representativa instituida en 1959, adquirió características paroxísticas. Se hizo norma cotidiana e indeclinable de los medios de comunicación citar a diestra y siniestra sondeos donde, a la par que se mostraba desconfianza masiva (siempre por encima de 50%; es decir, porcentaje necesario para ganar cualesquiera futuras elecciones presidenciales, por ejemplo) hacia los partidos políticos,³⁴ se identificaba a la fuerza armada como la segunda institución con mayor credibilidad en la población, apenas con un punto porcentual de diferencia en este sentido con la iglesia católica.³⁵ Nótese que se estaba promocionando como referente de opinión pública y actor político digno de confianza

33 Luis Alberto Buttó. «El Estado Cuartel en la Revolución Bolivariana (notas introductorias)», en Luis Alberto Buttó y José Alberto Olivar. *op.cit.* p. 10.

34 Redacción del Diario de Caracas. «La falta de credibilidad se come a los partidos políticos. La democracia es el único actor que continua siendo vitoreado», en *El Diario de Caracas*. Caracas, 26 de febrero de 1992, p. 20.

35 Redacción del Diario de Caracas. «Pulso Nacional: partidos no representan la mayoría del país. Iglesia, militares y medios de comunicación son los más confiables», en *El Diario de Caracas*. Caracas, 5 de febrero de 1995, p. 17.

a la institución formadora de los insurrectos que atentaron contra de la democracia en febrero y noviembre de 1992. Que estos alzados en armas, una vez encarcelados, no pudieran divulgar a través de los medios de comunicación su mensaje sedicioso, como ocurrió con una entrevista filmada subrepticamente en la prisión donde se encontraban esperando juicio sus líderes principales (piénsese en el grado de complicidad interna que hubo menester para que una arriesgada acción de este tipo pudiese ser llevada a cabo), en especial el convertido en el más mediático de ellos, fue calificado desde las propias organizaciones gremiales periodísticas como negación inaceptable de la libertad de expresión.³⁶

Sin rubor alguno se llegó incluso a pontificar que la única salida lógica y venturosa a la crisis política que atravesaba el país en la década de los noventa era conformar un gobierno donde todas las carteras ministeriales estuviesen en manos castrenses;³⁷ huelga decir, establecer un gobierno militar al militarizar (redundancia ex profeso) de facto el poder ejecutivo. Quienes así lo propusieron aclararon de antemano que tal opción jamás sería considerada por la élite política gobernante, pues implicaba reconocer a la oficialidad como más capacitada que el sector civil (líderes o miembros de partidos políticos) para administrar la cosa pública.³⁸ De suyo, en términos de estudio del metalenguaje (...«lenguaje que sirve para hablar sobre el lenguaje objeto»...³⁹) contrapuesto y desmitificador del lenguaje objeto (...«lenguaje en el que se describen los objetos y estados de cosas investigados en un caso concreto»...⁴⁰), velada invitación a que dicha oficialidad se opusiera en la práctica, no sólo en el discurso, a ese rechazo del sector civil de admitir las ventajas comparativas de los numerarios de la fuerza armada para dirigir el país y, en consecuencia, se alzaran en armas para que, como producto de tal acción insurreccional, asumieran responsabilidades de gobierno con base en el ideológicamente (falsa conciencia de la realidad) cacareado superlativo patriotismo y en la supuesta superior preparación.

36 Redacción del Diario de Caracas. «Luis Peña: Chávez no cometió ningún delito al declarar a la televisión por entrevista ofrecida a José Vicente Rangel», en *El Diario de Caracas*. Caracas, 1 de septiembre de 1992, p. 6.

37 Rafael del Naranco. «Gobierno militar ya», en *Revista Élite*. Caracas, 24 de marzo de 1992, pp. 12-13.

38 *Ibíd.*

39 Jerzy Topolsky. *Metodología de la Historia*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982, p. 25.

40 *Ibíd.*

Creencia aviesamente intencionada de mayor capacitación del sector militar para liderar la nación que descansaba en la imaginaria apreciación de que...«Han evolucionado mucho más los militares que los políticos. Los viejos políticos, salvo muy pocos, no leen desde hace años sino las revistas hípicas. Y los nuevos son de una incultura pasmosa (...) En cambio, los militares han ido esmerándose en su preparación intelectual»...⁴¹ Todo ello con base en el mediáticamente construido supuesto de que ...«Desde hace muchos años nuestros oficiales han recibido de nuestros institutos de educación superior una formación profesional adicional que los complementa y los compromete más con el desarrollo integral del país»...⁴² Burda, por elemental, argumentación elaborada adrede para justificar la aberración política sintetizada en el trasvase de los uniformes desde los cuarteles a los solios gubernamentales. Quienes así arguyeron, ya por crasa ignorancia del peso de las constantes históricas, ya porque respondían a innobles intereses personales, grupales o corporativos, olvidaron (quizás nunca lo comprendieron del todo) que, si bien es una desgracia la persistencia del ideario pretoriano en facciones de la fuerza armada, aberración de marca mayor es su existencia en la mente de personeros civiles; en especial, en la de aquellos con peso suficiente para empujar la opinión pública para que acepte y comparta tan bárbaras y atrasadas convicciones. Con llamados de ese tipo al desconocimiento de los partidos políticos, y a lo que ellos representaban en términos de canalización y sostén del sistema democrático, era cuesta arriba que éste sobreviviera. A la vuelta de unos años, se impusieron los enemigos de la libertad. Frente a la propaganda fraguada en torno a la necesidad y conveniencia de que en el país la antipolítica se erigiera en salida, la democracia no sobrevivió.

Lo más contradictorio del asunto fue que los propios partidos políticos evidenciaron imperdonable incompreensión de la mutación que progresivamente venía ocurriendo en el entorno a su alrededor. En cierto modo, la única recomposición que intentaron estuvo definida por el acoplamiento suicida con la vorágine mediáticamente desatada. Al influjo de lo voceado por los medios de comunicación, no sintieron vergüenza alguna en incurrir en múltiples e indigeribles contradicciones. Un día acordaron y dijeron tal cosa y al otro día se desdijeron sobre el mismo tema sin experimentar el más elemental prurito.

41 Domingo Alberto Rangel. «La profesión militar», en *Últimas Noticias*. Caracas, 18 de febrero de 1992. p. 46.

42 Redacción del Diario de Caracas. «Militarología», en *El Diario de Caracas*. Caracas, 3 de noviembre de 1992, p. 25.

Arribaron a los años decisivos del segundo lustro de la década de los noventa del siglo pasado posando torpemente su mirada sólo en los números contenidos en los sondeos que consistentemente presentaban los medios. En muchos casos ni se molestaron en cuestionar desde una perspectiva científica los datos por esta vía ventilados. No tuvieron la sagacidad para preguntarse en qué medida se estaba manipulando la opinión pública al mostrar esas «fotografías instantáneas» de las preferencias electorales del venezolano común y corriente. Precisamente ellos que tenían acumulada tanta experiencia en el perverso juego de influenciar a los votantes mediante la propaganda materializada en «guerras de encuestas». Olvidaron ininteligiblemente su menuda historia particular. Abominaron de una verdad imperdonable de ser obviada por toda organización conformada para motorizar la participación y movilización ciudadana organizada: la política no es sólo cuestión de cifras; lo es también, y por sobre todo, cuestión de principios e ideología.

Así las cosas, de cara a los comicios escenificados en 1998, a las primeras de cambio, partidos de masas con dilatada trayectoria, como la principal representación del socialcristianismo en Venezuela, se decantaron por la belleza fotográfica en vez de por la defensa de su propuesta programática. Cuando la proyección de la figura que inicialmente apoyaron, símbolo palpable de la antipolítica campante, se desinfló en los titulares de los medios, la dirigencia copeyana corrió desesperadamente a respaldar cierta candidatura de burdo tono personalista, esto último evidenciado en el hecho de que la organización que la propuso fue construida tan sólo para promocionar apellidos en vez de ideas, como posteriormente quedó demostrado al perder real figuración nacional en proporción directa a como se opacó la estrella de su líder principal, derrotado en esas elecciones, no casualmente, por 16,23 puntos porcentuales; o sea, 1.060.524 votos. Resultado: uno de los baluartes del hasta entonces arraigado y triunfante bipartidismo venezolano, partido que en par de oportunidades logró posicionarse como presidente de la república a sus candidatos, sumó en tal justa electoral apenas 2,15% de los votos. Jamás se recuperó de ese descalabro (por lo menos, no había podido hacerlo al momento en que esto se escribía).

En esa misma oportunidad, la tolda efigie de la socialdemocracia criolla, uno de los dos grandes partidos sobre los que recayó el peso de la resistencia civil contra la dictadura

militar reinante entre 1948 y 1958, partido que con la sangre de varios de sus prohombres regó el camino para la instauración del sistema de libertades en Venezuela, el mismo que ostentaba la gloria de que algunos de sus fundadores hubiesen sido bautizados como padres de la democracia, apenas contabilizó a su favor 9,05% de los votos emitidos; 31,12 puntos porcentuales por debajo de la organización política que en solitario obtuvo la mayor votación. Todo ello producto de la desorientación en que se sumió al entender que como agrupación languidecía en los sondeos, lo cual lo llevó desconocer como candidato a su Secretario General en funciones (de hecho, el personaje de marras fue expulsado de las filas partidistas) y brindar respaldo a quien ideológicamente estaba en las antípodas del credo socialdemócrata, el mismo candidato apoyado en ese entonces por COPEI.

Partidos como el Movimiento al Socialismo (MAS) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV, el otro gran partido de la resistencia contra la tiranía encabezada por el general Marcos Pérez Jiménez) se desdibujaron por completo al sumarse a la coalición que presentó como abanderado a la máxima figura de la antipolítica del momento, el más destacado cabecilla de la intentona golpista de febrero de 1992. El primero de ellos cosechó 9% de los sufragios, verdadera cola de ratón frente a 40,17% alcanzado por la organización política Movimiento Quinta República (MVR), construida sobre la marcha por los otrora golpistas. El PCV prácticamente ni contó al lograr tan sólo 1,25% de las escogencias. La Causa Radical, partido que apenas cinco años atrás había conquistado 21,95% de los votos en las elecciones en que se reeligió Rafael Caldera (luego de separarse abruptamente del partido por él fundado), no tuvo empacho en coquetear por meses con la candidatura de Irene Sáez, y al decidir no decantarse por ésta, terminó dividido como consecuencia del debate interno escenificado acerca de la posibilidad de secundar al confaloniero del MVR. Con candidato propio, la Causa R consiguió 0,11% de los sufragios. Su desprendimiento, nombrado Patria para Todos, con Hugo Chávez como candidato, 2,19% del total nacional.⁴³

Por cierto, el análisis en frío de los números resultantes en esos comicios deja en claro que la leyenda urbana echada a andar acerca de la invencibilidad de la candidatura

43 Los datos aquí presentados en torno a los sufragios presidenciales de 1998 fueron extraídos de: Consejo Supremo Electoral. *Elecciones presidenciales. Cuadro comparativo 1958-2000*. Disponible en: <http://bit.ly/2DXaRb1> Consulta: 2 de febrero de 2018.

del más carismático de los militares amotinados en febrero de 1992, sostenida mediáticamente en los meses previos a dichas elecciones, y en lo sucesivo mantenida en la reescritura ideologizada de la historia reciente de Venezuela, no era más que eso: canijo cuento de camino, bluf insostenible ante la contundencia de la realidad. Si el MAS se hubiese sumado a la coalición de partidos que apoyó al candidato presentado por Proyecto Venezuela, el rebelde del «por ahora» no hubiese ganado la presidencia, pues el primero de los mencionados habría obtenido 48,97% de los sufragios emitidos aquel entonces, mientras el segundo de los referidos habría alcanzado 47,2%. Decisión ciertamente cerrada pero válida a partir de la cual, probablemente, sería diferente el contenido leído en las presentes páginas. Lo mordaz del cuento es que el MAS venía de ser gobierno regional (en estados como Aragua, Amazonas, Sucre, Lara y Portuguesa, amén de que en otros participó en alianzas ganadoras con los partidos contra los cuales compitió en las presidenciales de 1998) y gobierno nacional (varios de sus líderes históricos formaron parte del gabinete de la segunda presidencia de Rafael Caldera) durante la vigencia de la democracia liberal representativa.

Vale decir, era sólo cuestión de realismo político y consecuente negociación buscar los acuerdos necesarios para que tal entendimiento se produjera. La necesidad de figuración y supervivencia de un partido como el MAS, que siempre arrastró el estigma de que muchos de sus cuadros destacados protagonizaron la guerra de guerrillas de inspiración marxista-leninista escenificada en el país durante la década de los sesenta del siglo pasado (en esos años militaban en el PCV), podría haberlo llevado a pactar algún tipo de acuerdo con los factores democráticos que participaron en esa elección, pues precisamente tal pragmatismo fue lo que lo condujo a respaldar al candidato del MVR. Lo descarnado de la argumentación anterior se desprende de la animadversión que los fundadores del MAS mostraron para con tal postulación, razón por la cual abandonaron el partido, no sin antes dejar en claro para el relato lo irracional, políticamente hablando, de aquella escogencia:

El sector Puchi-Mujica hace un mes estaba babeado por Irene Sáez, electoralmente hablando, aunque a lo mejor también tenía razones de otro orden para estar babeado; pero luego, cuando cayó en las encuestas, trasladó su apoyo a Hugo Chávez (...) Los espero en la bajadita (...) Andrés Galarraga está pensando en considerar su candidatura, y me preocupa que la próxima maroma sea pasarse a

esa opción presidencial [negritas del autor].⁴⁴

En síntesis, 1998 significó una divisoria de aguas en la historia contemporánea de Venezuela, delineada por el hecho de que pautó el comienzo, en buena medida irreversible como se pudo ver con posterioridad, del acelerado proceso de desmoronamiento del sistema de partidos, tal como se había conocido hasta esos días. El mensaje anti-partido caló exitosamente en la mentalidad de los venezolanos, incluso en el pensamiento y sentimiento de muchos de los líderes de dichos partidos contra los cuales siempre estuvo dirigido el discurso perverso traído a colación en estas páginas. La ceguera coyuntural, síntoma de la pérdida de visión estratégica, llevó al electorado venezolano, y a una importantísima porción de la dirigencia política, a tropezar en el camino y luego rodar por el despeñadero. En el caso del liderazgo, trágica e inexplicablemente, cantidad abrumadora de sus representantes arrojó paletadas para sellar la tumba donde tantos y tantos de ellos fueron sepultados hasta el fin de los tiempos. Al fungir como sepultureros, no tuvieron a la mano el adecuado espejo en el cual podrían haberse percatado que ellos mismos eran los cadáveres que estaban enterrando.

En concreto, la orientación estratégica desarrollada a través de los medios, encaminada a demeritar a los partidos políticos y por ende a la democracia, entendida como sistema político cuya única viabilidad está amarrada, precisamente, a la vigencia de los partidos políticos como instrumentos idóneos dispuestos para organizar y canalizar la participación ciudadana asociada a la preservación de los intereses difusos de la sociedad, capitalizó el mayor de los réditos posibles, medido éste en la creciente y pasiva (nula exégesis al respeto) aceptación por parte de gruesos sectores de la población (numéricamente hablando) del mensaje anti-partido y antidemocrático masivamente divulgado. Por supuesto, el contenido concreto de esta estrategia (opiniones contrarias a la extensión en el tiempo de la democracia liberal representativa tal como la concibieron y pusieron en práctica los padres fundadores, una vez alcanzaron electoralmente el poder) fue voceado y repetido sin saciar en cualesquiera espacios disponibles por todo aquél que tuviera acceso a cámara, micrófono o columna, afanado como estuvo en cabalgar el rocín de moda para no dejar de figurar en la escolanía de los «críticos» que demandaban

44 Armando Guerra. *El Código Petkoff*. Disponible en: <http://bit.ly/2C3mqY2> Consulta: 7 de febrero de 2018.

el alumbramiento de una nueva era ante el «constatado» apocalipsis de la existente.

Inusitadamente, dejó de ser políticamente correcto lo que décadas atrás lo fue con verdadera pasión; es decir, la defensa de la democracia en consonancia con el llamado espíritu del 23 de enero: ese imaginario popular centrado en la necesidad de mantener la unión entre los partidos, y entre estos y el resto de la sociedad, para evitar a todo trance que la resolución de los conflictos políticos y la satisfacción de las demandas reivindicativas implicase poner en peligro la vigencia de las libertades conquistadas con la instauración de gobiernos libérrimamente electos. Emergente conjunto de principios, valores y paradigmas afloraron entonces en la manera en que los venezolanos, en términos generales, pasaron a entender el ejercicio tangible de la política. En este sentido, lo políticamente correcto pasó a ser el rechazo a los partidos políticos y a la democracia por ellos edificada; rechazo visceral y magnificado por estar sujeto a lo que no se alertó a tiempo eran razones coyunturales, no estructurales. A gritos se exigió la refundación de la república y esa consigna resumió la orientación principal del sistema político que en consecuencia se construyó a partir de 1999. Sólo que en la práctica la república no se refundó. Nada de republicano tiene un régimen autoritario, pretoriano, inclinado con decisión al totalitarismo, y eso fue, lamentablemente, lo que con los votos se consiguió. Dicho con mayor propiedad, lo que el pueblo venezolano prefirió en ese momento.

Conclusiones

El cuestionamiento de los partidos políticos y del ejercicio de la política a través de estos, adelantado por importantes medios de comunicación social en Venezuela a partir de los años setenta del siglo pasado, devino, como era ineluctable que así fuera, en abominación, por parte de numerosa porción de la población, del sistema democrático liberal representativo instaurado en 1959, cuando asumió la presidencia el primer presidente electo de manera universal, secreta y directa en la era nacida la madrugada del 23 de enero del año anterior con la deposición del gobierno previamente existente, autodenominado «de las fuerzas armadas».

Por dos razones de peso puede afirmarse que dicho cuestionamiento en nada fue desinteresado, inocente y sincero, sin que ello implique incurrir en exageración o

tremendismo alguno. En primer lugar, de manera asaz deliberada, los ideólogos del discurso anti-partido puesto entonces de moda, y todos aquellos que en tal sentido fungieron de caja de resonancia, emparentaron, sin base alguna, la criticable actuación de personeros perfectamente susceptibles de ser sometidos a la individualización de su conducta, con la esencia y razón de ser de los partidos políticos, de la política y de la democracia, inoculando con ello en la mentalidad de los venezolanos el supuesto rigor mortis del más extenso período de vigencia de libertades políticas y civiles que el país había experimentado en la historia republicana.

En segundo lugar, con pasmosa ligereza y desbocado atrevimiento, los medios se dieron a la deleznable tarea de promocionar como adalides de la construcción de la «verdadera democracia» (participativa, protagónica, directa, en consulta permanente con el pueblo, y demás lugares comunes carentes de sustento teórico, filosófico o programático alguno) a todo tipo de individualidades salidas de la más burda informalidad política, aun a sabiendas de que tales representantes de la antipolítica, precisamente por tener dicha procedencia, en nada o muy poco podían estar consustanciados con la moderna concepción de entender y canalizar los inevitables conflictos por el acceso al poder; es decir, a través de la organización y movilización generada desde y por los partidos políticos al activar sus plataformas electorales.

Así las cosas, por ejemplo, al igual que productos de consumo masivo, se vendieron sucesivamente como redentores consustanciados con la nueva época por venir, a conductores de programas de televisión, ex reinas de belleza y protagonistas de felonías militares contra la propia democracia. Adrede, se tendió manto de silencio sobre la advertencia certera de que denostar de la democracia ...«más que una afrenta, es sencillamente una imbecilidad»...⁴⁵, se catapultaron como fuentes creadoras de la opinión pública a todas aquellas voces que hicieron gala de su afición por el ...«pueril (...) anarquismo de carne en vara o pasarela»...⁴⁶ y se pontificó que el aval superior para conducir el destino del país era ...«la “frescura” que daría la falta de experiencia, la

45 Luis Castro Leiva. *Discurso de orden ante el Congreso Nacional el 23 de enero de 1998*. Disponible en: <http://bit.ly/2EsG70U> Consulta: 6 de febrero de 2018.

46 *Ibíd.*

inexperiencia o la incapacidad para tener ninguna experiencia - para no decir nada de la mala experiencia»...⁴⁷

Colofón: con el tiempo, el verbo se hizo carne. El discurso anti-partido se interiorizó en el sentir nacional. En las urnas (nunca estuvo mejor utilizado el sustantivo) electorales, la mayoría de los venezolanos votó en contra de la democracia, al preferir un proyecto político que, camuflado con la consigna del renacer de la república, terminó siendo el brazo ejecutor del proceso de desmontaje de la democracia, al constreñir, paulatinamente y sin miramientos, las libertades políticas, civiles y económicas conquistadas y en vigencia durante los 40 años en que se mantuvo el acuerdo de gobernabilidad suscrito mediante el Pacto de Punto Fijo. Viejas rémoras para el progreso del país reaparecieron en escena. Lo edificado con tesón y justicia a partir de 1958, se envió al traste de la basura, sellando la bolsa con la etiqueta «cuarta república».

47 *Ibíd.*